Çague Abuacar: tras las huellas de los médicos judíos de Sefarad

De Guadalajara a las cortes de Castilla y Navarra: una investigación sobre nombres, familias y conocimientos médicos que atravesaron varios siglos.

Mariana Yague · Investigadora independiente · Huellas de Sefarad

Hay nombres que permanecen en los documentos durante siglos. Otros aparecen una sola vez y desaparecen, dejando tras de sí preguntas que parecen imposibles de responder.

Mi investigación comenzó con uno de esos nombres.

Çague Abuacar.

Era un médico judío vinculado a Guadalajara que aparece en la documentación castellana en un momento decisivo: los meses posteriores a la expulsión de los judíos de 1492.

Su nombre me interesó inicialmente por una razón onomástica. Desde hace años investigo las formas medievales Çag, Çague y Zag, especialmente su presencia en la documentación de Castilla y sus posibles transformaciones gráficas a lo largo del tiempo.

Sin embargo, al seguir la pista de Çague Abuacar, encontré algo que no esperaba.

Detrás de aquel médico comenzaban a aparecer otros nombres, otras familias y una tradición de conocimientos que me llevó desde la Guadalajara de finales del siglo XV hasta las cortes medievales de Castilla y Navarra.

La pregunta inicial era sencilla: ¿qué había ocurrido con Çague Abuacar?

Pero la documentación terminó planteándome otra mucho más amplia:

¿Hasta qué punto la medicina había contribuido a mantener relaciones familiares, intelectuales y profesionales entre los judíos de Sefarad?

El médico que regresó de Portugal

En enero de 1493, pocos meses después de la expulsión, la documentación del Registro General del Sello recoge una disposición relacionada con Çague Abuacar y su regreso desde Portugal.

La referencia se conserva en el Archivo General de Simancas, bajo la signatura **RGS,LEG,149301,52**, fechada el 9 de enero de 1493.

Su contexto resulta especialmente significativo.

La expulsión había obligado a miles de judíos castellanos a abandonar sus hogares, propiedades y actividades profesionales. Algunos encontraron refugio temporal en Portugal, mientras que otros se dirigieron hacia Navarra, el norte de África o diferentes territorios mediterráneos.

Sin embargo, el retorno a Castilla fue posible para determinados expulsados que aceptaron el bautismo.

En este escenario aparece Çague Abuacar.

Lo que más me llamó la atención no fue únicamente la posibilidad de su regreso, sino la importancia que podía tener su profesión.

Los médicos judíos habían desempeñado funciones destacadas en diferentes cortes peninsulares. Su formación, el conocimiento de varias lenguas y el acceso a tradiciones médicas diversas los convertían en profesionales apreciados, incluso en una sociedad marcada por crecientes restricciones religiosas.

El caso de Çague me llevó a preguntarme qué ocurría con estos conocimientos cuando sus poseedores eran expulsados.

¿Se perdían sus bibliotecas?

¿Se interrumpía la transmisión de sus enseñanzas?

¿Y qué sucedía con las familias que habían ejercido la medicina durante generaciones?

Fue entonces cuando encontré una referencia familiar que cambió el rumbo de mi investigación.

Jamila: una mujer que permitió reconstruir una red familiar

Entre las referencias inquisitoriales relacionadas con este entorno apareció **Jamila**, identificada como hija de don Cague Abuacar.

La información me llevó al Archivo Histórico Nacional, donde se conserva documentación que permite estudiar su contexto familiar.

Jamila estaba casada con **Samuel Leví**, médico, cuyo padre, **Abraham Leví**, también ejercía la medicina.

Aquello me hizo detenerme.

No estaba ante un médico aislado.

Había encontrado una relación matrimonial entre familias vinculadas a la misma profesión.

La importancia de esta referencia no reside únicamente en los nombres. En la investigación histórica, los matrimonios pueden revelar relaciones sociales que los documentos administrativos apenas permiten entrever.

En este caso, Jamila se convirtió en una pieza fundamental para comprender el entorno de Çague Abuacar.

Su matrimonio sugería la existencia de vínculos entre familias con conocimientos médicos, aunque por sí solo no permitía reconstruir una escuela ni demostrar una tradición hereditaria continua.

Decidí buscar antecedentes.

Y encontré nuevas referencias a los Aboacar.

En documentación de 1462 aparecen **don Ça Aboacar y su padre, mosén Aboacar**, relacionados con la medicina y el ámbito cortesano.

La coincidencia del nombre familiar y la profesión merecía una investigación más profunda. Sin embargo, era necesario distinguir cuidadosamente entre las personas documentadas y los parentescos que todavía no podían establecerse.

Comencé entonces a considerar que la historia de Çague Abuacar podía formar parte de un fenómeno más amplio: la presencia de familias judías dedicadas a la medicina durante varias generaciones.

Pero para seguir avanzando debía resolver primero un problema que aparece constantemente en la documentación medieval.

El de los nombres.

Çag, Çague y Zag: cuando los nombres atraviesan las lenguas

Una de las dificultades más interesantes de la investigación sobre los judíos medievales es la variedad de formas con que sus nombres fueron registrados.

Un mismo nombre podía aparecer en hebreo, árabe o romance. Además, los escribanos cristianos no siempre empleaban una grafía uniforme.

En mi investigación he reunido testimonios con formas como:

Ça, Çag, Çague, Zag y Zague.

Estas grafías deben estudiarse dentro del contexto de la onomástica judía medieval, especialmente por su relación con las adaptaciones romances del nombre Isaac.

En hebreo, Isaac se escribe: □□□□ **— Yiṣḥaq**

Y en árabe: □□□□□ **— Isḥāq**

Esto no significa que todas las personas llamadas Çag o Çague fueran una misma persona ni que compartieran necesariamente un linaje.

Significa que, para estudiar su presencia documental, no basta con buscar una única grafía.

Las variantes pueden proporcionar nuevas pistas, siempre que se contrasten con las fechas, las localidades, los parentescos y los documentos originales.

Fue precisamente esta metodología la que me llevó a encontrar referencias mucho más antiguas.

Y una de ellas resultó especialmente reveladora.

El «linaje de don Zag» y la memoria de los médicos de Castilla

Al retroceder hacia los siglos XIII y XIV, encontré noticias sobre un personaje llamado **don Çag**, relacionado con el entorno del infante don Manuel, hermano de Alfonso X el Sabio.

Su hijo, el escritor **don Juan Manuel**, conservó referencias a este médico y a su hermano don Habraan.

Pero la expresión que más llamó mi atención aparece en el Libro enfenido, cuando don Juan Manuel se refiere al:

> **«linaje de don Zag».**

La palabra linaje me pareció extraordinariamente significativa.

No se trataba simplemente de la mención de un médico al servicio de un noble.

La expresión sugería que la memoria de aquella familia y su relación con la medicina habían alcanzado suficiente reconocimiento como para ser transmitidas de una generación a otra.

Don Juan Manuel escribió en una época en la que la medicina cortesana reunía conocimientos procedentes de distintas tradiciones culturales.

Los médicos judíos participaron en ese mundo intelectual, en el que las obras árabes y hebreas tuvieron una importancia considerable.

La referencia al linaje de don Zag constituye, por tanto, un testimonio especialmente interesante para estudiar la memoria de determinadas familias médicas.

No he encontrado todavía documentación que permita vincular genealógicamente a aquel don Çag con Çague Abuacar, el médico de Guadalajara de finales del siglo XV.

Pero la coincidencia onomástica, unida al ejercicio de la medicina, abre una pregunta histórica que considero digna de investigación.

¿Hasta dónde podían extenderse estas tradiciones familiares?

Para intentar responderla, continué buscando fuera de Castilla.

Los Aboacar de Navarra

La documentación navarra conserva referencias a médicos judíos que participaron en la vida de la corte.

Entre ellos aparece **Juçe Aboacar**, vinculado al ámbito médico, y su hijo **Jacob Aboacar**, documentado a comienzos del siglo XV.

Estas referencias ampliaron considerablemente el espacio geográfico de mi investigación.

Ya no estaba trabajando únicamente sobre Guadalajara.

Ahora debía considerar también Navarra y las relaciones profesionales que podían establecerse entre diferentes territorios peninsulares.

Los nombres Juçe y Jacob pertenecen, además, a un contexto lingüístico en el que resultan fundamentales las correspondencias entre el hebreo y las formas romances.

Juçe se relaciona con Yosef, mientras que Jacob corresponde al hebreo Yaʿaqov.

Estas equivalencias ayudan a comprender la diversidad de registros medievales.

No obstante, la presencia del nombre Aboacar en Navarra y Guadalajara no basta para demostrar que ambas familias estuvieran emparentadas.

Por ahora, las considero referencias documentales que deben estudiarse de manera independiente, aunque dentro de una investigación comparativa más amplia.

La búsqueda de médicos judíos en diferentes cortes me llevó también a Toledo.

Allí encontré otro nombre que merece especial atención.

Los Ibn Waqqār y el conocimiento médico en Toledo

En la documentación medieval toledana aparece la familia **Ibn Waqqār**, cuyo nombre se encuentra también bajo formas romances como Aben Huacar.

Uno de sus representantes fue **Samuel Aben Huacar**, identificado como médico del rey Alfonso XI en documentación de 1327.

La familia Ibn Waqqār ofrece, además, referencias vinculadas a la actividad intelectual judía.

Entre ellas destaca **Joseph ben Abraham Ibn Waqqār**, relacionado con la filosofía y la tradición cabalística.

Estos testimonios muestran la diversidad de ámbitos en los que podían desenvolverse determinados miembros de las élites intelectuales judías medievales.

La medicina, la filosofía y el estudio de los textos no siempre constituían actividades completamente separadas.

Conviene señalar que **Ibn Waqqār y Abuacar son nombres distintos**, y no dispongo de pruebas que permitan considerarlos variantes de un mismo apellido o integrantes de una única familia.

Su interés dentro de mi investigación es comparativo.

Me permiten examinar cómo determinadas familias judías alcanzaron posiciones relevantes gracias a sus conocimientos y cómo sus nombres fueron transmitidos por documentos redactados en diferentes lenguas.

Pero al regresar al caso de Çague Abuacar encontré un elemento que relacionaba de manera especialmente sugerente la medicina con ese mundo multilingüe.

Sus libros.

Los libros que acompañaban a los médicos judíos

Uno de los aspectos más interesantes del contexto documental de 1493 es la cuestión de los libros médicos escritos en hebreo y árabe.

Las disposiciones sobre el regreso de conversos y la introducción de libros permiten observar una distinción significativa entre obras utilizadas para el ejercicio de la medicina y textos de carácter religioso judío.

La diferencia resulta reveladora.

En un momento en que se perseguía la continuidad pública de la religión judía, determinados conocimientos profesionales seguían siendo necesarios y apreciados.

Me pregunté entonces qué libros podían formar parte de la formación de aquellos médicos.

La medicina practicada en la Península durante la Edad Media había recibido importantes aportaciones de autores que escribieron en árabe, así como de médicos y traductores judíos que participaron en la circulación de ese conocimiento.

Los textos médicos atravesaban fronteras políticas y religiosas.

Podían estudiarse, copiarse y transmitirse en diferentes lenguas.

Por eso, la referencia a los libros de medicina en el contexto de Çague Abuacar me parece especialmente significativa.

No permite reconstruir su biblioteca personal ni identificar los títulos concretos que poseía.

Pero sí sitúa su actividad profesional dentro de una tradición intelectual mucho más amplia.

Y devuelve la atención a una cuestión fundamental: la expulsión de 1492 no afectó solamente a las personas.

También alteró redes familiares, profesionales y culturales que habían contribuido a la historia de Sefarad durante siglos.

El silencio documental después de 1493

Después de las referencias de enero de 1493, todavía no he podido establecer con seguridad qué ocurrió con Çague Abuacar.

Esta ausencia de documentación posterior constituye uno de los problemas centrales de mi investigación.

Es posible que existan referencias que todavía no haya localizado.

También debo considerar la posibilidad de que, tras un eventual bautismo, apareciera en la documentación bajo otro nombre.

Pero no sería correcto identificarlo con un médico converso posterior sin una prueba documental que permitiera sostenerlo.

Por ello he comenzado a ampliar la búsqueda hacia los médicos, las familias conversas, las propiedades y los testimonios notariales de Guadalajara y distintas poblaciones de la Alcarria.

Hita, Cogolludo, Atienza y Pastrana forman parte de este espacio de investigación.

Son localidades donde llevo años reconstruyendo redes familiares de judíos y conversos, estudiando sus nombres y comparando documentación de diferentes épocas.

La dificultad no consiste únicamente en encontrar coincidencias.

Consiste en determinar cuáles de ellas representan relaciones históricas demostrables.

Un nombre parecido puede ser una pista.

Una profesión compartida puede justificar una búsqueda.

Un matrimonio puede revelar una relación entre familias.

Pero solamente la documentación permite avanzar desde esas coincidencias hacia una reconstrucción histórica fundamentada.

Recuperar los nombres, reconstruir las historias

Cuando comencé a estudiar a Çague Abuacar, mi interés estaba centrado en la presencia documental de un nombre medieval.

No imaginaba que aquella búsqueda terminaría llevándome hasta médicos de las cortes castellanas y navarras, familias de Toledo y testimonios literarios que conservaban la memoria de un linaje de médicos.

Tampoco esperaba que una mujer llamada Jamila se convirtiera en una pieza tan importante para comprender el entorno familiar del médico de Guadalajara.

Esta investigación me ha permitido observar cómo una referencia aparentemente aislada puede abrir caminos hacia cuestiones mucho más amplias.

La transmisión del conocimiento.

Las relaciones matrimoniales.

La movilidad de los médicos.

La diversidad lingüística de los nombres judíos.

Y las consecuencias que tuvo la expulsión de 1492 sobre familias cuya historia había formado parte de Castilla durante generaciones.

Todavía quedan preguntas sin responder.

No sé qué nombre pudo llevar Çague Abuacar después de 1493, si efectivamente regresó y permaneció en Castilla.

No sé si los distintos Aboacar documentados en los reinos peninsulares compartían antepasados.

Y no he encontrado una relación genealógica demostrada entre el antiguo linaje de don Zag y el médico de Guadalajara.

Pero sí he podido reunir testimonios que permiten estudiar estas cuestiones desde una perspectiva documental y comparativa.

La historia de Çague Abuacar todavía no está terminada.

Sigo buscando qué ocurrió con aquel médico después de 1493.

Y sigo intentando comprender hasta dónde llegaban las redes familiares y profesionales que he encontrado a su alrededor.

Quizá la respuesta esté en un documento que todavía no he consultado.

O quizá esté en uno que ya conocemos, pero bajo un nombre que todavía no hemos reconocido.

Porque hay algo que he aprendido durante estos años de investigación:

> **A veces la historia no está perdida.**
>
> **Solo está escrita de otra manera.**

Mariana Yague
Investigadora independiente · Huellas de Sefarad
ORCID: 0009-0002-6861-8598
© 2026 Mariana Yague · Safe Creative 2607166410063